



## CAPITULO XVI

David vendido por los zifeos.—Sus angustias.—Su libramiento y su súplica.—Nueva persecucion; magnanimidad y súplica de David.—Muerte de Samuel.—Groseria de Nabal é intercesion de Abigail.—Muerte de Nabal.—David toma por mujer á Abigail.—David, vendido segunda vez por los zifeos, perdona tambien por segunda vez á Saul.—David se refugia entre los filisteos, en donde recibe un nuevo refuerzo.—Sus expediciones contra los amalecitas.

Y subieron los zifeos adonde estaba Saul en Gabaa, y dijeron: «¿No sabes que David está oculto entre nosotros en los lugares más seguros del bosque, sobre el collado de Aquila, que está á la derecha del desierto? Puesto que deseais hallarle, no teneis más que bajar y nosotros le entregaremos en tus manos. Saul repuso: «Benditos seais vosotros del Eterno, pues que os habeis compadecido de mi suerte: id pues, yo os lo ruego, y sed activos; informaos bien del lugar donde esté ó del que le haya visto allí; pero entended bien que es un hombre de mucha astucia. Registrad bien los lugares retirados donde acostumbra á ocultarse, y cuando os hayais enterado bien de todo, volved á mí para que yo vaya con vosotros. Aunque se hubiere ocultado en las entrañas de la tierra, yo iré á buscarle con todas las familias de Judá.» Marcharon, pues, á Zif delante de Saul.

Habiendo tenido de ello aviso David, se retiró al desierto de Maon, á la derecha de Jesimon. Saul penetró en él para perseguirle. Saul iba del lado de la montaña, y David y los suyos iban por el otro. David temia no poder escapar de las manos de Saul, pues este y sus gentes le tenían ya cercado para tomarles. Pero de pronto llegó á Saul un mensajero y le dijo: «Daos prisa y venid, porque los filisteos han inundado el país.» Cesó, pues, Saul en la persecucion de David, y se fué al encuentro de los filisteos. Por esta razon se llamó á aquel lugar la Roca de la Separacion (1).

(1) 1 Reg., 23, 19-28.

Cuando más apurado se encontraba David, dirigia á Dios la siguiente plegaria:

«Sálvame ¡oh Dios! en tu nombre, y con tu poder júzgame. Escucha ¡oh Dios! mi oracion: percibe en los oídos las palabras de mi boca. Porque los extraños se han levantado contra mí, y los fuertes han buscado mi alma y no han puesto á Dios delante de sí. Mas hé aquí que Dios me ayuda. Jehová es el sosten de mi alma. Retorna los males sobre mis enemigos, y en tu verdad destrúyelos. Yo te ofreceré un sacrificio voluntario, y alabaré tu nombre, Señor, porque es bueno. Por cuanto de toda tribulacion me has sacado, y mis ojos han mirado con desprecio sobre mis enemigos (1).»

Habiendo salido David de aquel lugar, marchó al desierto de Engaddi, á los lugares más seguros. Este desierto, al Noroeste del mar Muerto, es tambien como los desiertos de Zif y de Maon, una comarca del gran desierto de Judá, situada en la pertenencia de esta tribu, y no debemos imaginarnos que sea una region solitaria ó una soledad; es un país lleno de montañas y bosques, donde habia ciudades y aldeas, pero cuyos habitantes no cultivaban ni el trigo ni el vino, viviendo principalmente del producto de sus ganados. El desierto de Engaddi es especialmente muy montañoso y lleno de cavernas considerables, que se abren entre las rocas. Allí estaba David. Vuelto Saul de su expedicion contra los filisteos, tomó tres mil hombres de lo más selecto de Israel, para

(1) Salmo 53.

que fueran á buscar á David y á todos sus compañeros por los desiertos de Engaddi. En el camino halló una caverna, en la que penetró para evacuar una de sus necesidades naturales, y David con los suyos estaban allí ocultos. Estos dijeron á David: «Hé aquí el día en que el Señor dijo: Yo te entregaré tu enemigo, para que hagas de él lo que más te agradare.» David se acercó á Saul, y sin que se apercibiera cortóle del manto una de sus extremidades. Y despues, movido á compasion por su enemigo, dijo: «Jehová me preserve de cometer esta accion contra mi señor y contra el ungido de Dios, y de poner mi mano sobre él, pues él es el ungido de Jehová.» Y David contuvo así á los suyos y no les permitió se arrojasen contra Saul. Siguió, pues, este su camino despues de salir de la cueva. Entonces David, levantándose al propio tiempo, salió tambien de la caverna y gritaba á espaldas de Saul: «¡Mi rey y señor!» Saul volvió la cabeza; y David, inclinándose hasta la tierra, le hizo una profunda reverencia, y dijo á Saul: «¿Por qué oís vos las palabras de hombres que dicen: David medita el mal contra vos? Ya habeis visto hoy que Jehová os habia entregado en mis manos en la caverna, y me decian que te matara; pero mis ojos se compadecieron de vos, pues dije: Yo no extenderé mi mano contra mi señor, porque es el ungido de Jehová. Observad, padre mio, y reconoced bien si la orla de vuestro manto es la que tengo yo en mis manos y que corté sin querer extender mi mano contra vos. Pensad, pues, y reflexionad, que no hay mal ni iniquidad en mí, ni he pecado contra vos, y sin embargo, andais solícito por perder mi vida. Juzgue el Señor entre mí y entre tí, y véngueme el Señor de tí; mas mi mano jamás sea contra tí.» Como un antiguo proverbio: «De los impíos saldrá la impiedad, pero mi mano jamás sea contra tí.» «¿A quién perseguís, ¡oh rey de Israel! á quién perseguís vos? A un perro muerto, á una pulga. Júzguenos, pues, Jehová, y sea juez para los dos; vea y juzgue mi causa y me libre de vuestra mano.» Luego que David hubo acabado de hablar así á Saul, este dijo: «¿Por ventura es esta tu voz, hijo mio David?» Y levantando la voz, lloró y dijo á David: «Tú eres más

justo que yo; pues no me has hecho más que bien, y yo te he pagado con males. Y hoy me has dado una prueba más de los bienes que me has hecho, porque Jehová me habia puesto en tu mano y tú no has querido matarme. Porque, ¿quién es el que hallando á su enemigo le deja ir por buen camino? Jehová te recompense la bondad que hoy me has demostrado. Y ahora, pues, que me consta ciertamente que has de reinar y que tendrás en tu mano el reino de Israel, júrame por el Señor que no has de extinguir mi linaje y que no borrarás mi nombre de la casa de mi padre.» Y David se lo juró á Saul. Entonces retiróse Saul á su casa; y David y los suyos subieron á lugares más seguros (1).

Los más elocuentes Padres de la Iglesia han celebrado á porfía la magnanimidad de David. San Juan Crisóstomo tiene dos homilias que hizo expresamente para ensalzar sus maravillas, y demostrar que perdonando á Saul, alcanzó una victoria más grande que triunfando de Goliath (2). San Ambrosio hace ver que la virtud de David excedió á todo cuanto ha podido desear y hasta sospechar la filosofía pagana. Ciceron dice que el que perdona á su enemigo, no solamente puede ser comparado á los más grandes héroes, sino que es muy semejante al mismo Dios.

Lo que hace más admirable la magnanimidad de David, es que podia haber dado muerte á Saul, no sólo sin temor por parte de los hombres, sino hasta sin pecado por parte de Dios. Esta observacion es de San Agustin (3). «Saul, dice este Padre, Saul, este enemigo tan ingrato y tan encarnizado perseguidor, es entregado en manos de David por el mismo Dios para que de él hiciera impunemente lo que le agradare. Sin embargo, por no haber recibido la órden de matarle, sino solamente el poder, trueca este gran poder en dulzura. No se nos diga que tenia por qué temer. No era el hombre el que estaba en su poder, ni tampoco Dios

(1) 1 Reg., 24, 1-23.

(2) De David et Saul, homil., 1 y 2, t. IV, edit. Bened.

(3) Contra Adimant., c. XVII, núm. 6. Enarratio in psalm., 131, núm. 2.



quien se le había entregado; pero donde no había ni dificultad ni temor, la caridad le arrebató. David, este hombre guerrero, cumple el precepto que hemos recibido de Jesucristo, de amar á nuestros enemigos. ¡Y cuán tierno y humilde es su amor! Su corazón le acusa de haber cortado la orla del manto de su enemigo. Se postró de hinojos á su presencia y le llama su señor, su rey, su padre, mientras que á sí mismo se califica de perro muerto. No se hace valer por los servicios que le tenía prestados, ni su generosidad presente, para hablarle un lenguaje ménos modesto. No solamente le perdona, porque así pueda continuar viviendo en medio de los peligros, sino que le libra de las manos de sus compañeros, que deseaban poner fin de una vez á su destierro y á sus sufrimientos; recuerda en él la única cosa que había respetable: es el ungido de Jehová, dice.

Hasta el cristiano se admira de una tan heroica caridad. Él se pregunta de dónde pudo llegar esta caridad sin límites á David, cuando estaba oculto en la caverna. Sin duda es por que al entrar David en ella hizo la siguiente plegaria: «Apiádate de mí, Dios mío, apiádate de mí, porque en tí confía mi alma; y en la sombra de tus alas esperaré hasta que pase la iniquidad. Clamaré al Dios Altísimo, al Dios que me hizo bienes, envió del cielo y me libró, cubrió de oprobio á los que me pisaban. Envió Dios su misericordia y su verdad. Sacó mi alma de en medio de los leones; conturbado me dormí. Hijos de los hombres, los dientes de ellos son armas y saetas, y su lengua espada afilada. Seas ensalzado ¡oh Dios! sobre los cielos, y tu gloria por toda la tierra. Han armado un lazo á mis piés, y han encorvado mi alma. Cavarón delante de mi hoyo, y cayeron en él. Preparado está mi corazón ¡oh Dios! preparado mi corazón; cantaré y celebraré. Levántate, gloria mia, levántate, salterio y cítara; me levantaré de madrugada. Te alabaré entre los pueblos, Señor; te celebraré entre las naciones, porque tu misericordia ha sido engrandecida hasta los cielos, y tu verdad hasta las nubes. Seas ensalzado ¡oh Dios! sobre los cielos, y tu gloria sobre toda la tierra (1).»

(1) Salmo 56.

Por este tiempo murió Samuel. Todo Israel se reunió para celebrar sus funerales; le enterraron en su casa en Ramatha (1). Ya hemos visto qué elogio ha hecho de él el Espíritu-Santo. La veneración de su memoria se ha ido conservando á través de los siglos. Sus huesos fueron trasladados con toda solemnidad de Rama, Ramatha ó Arimatea, á Constantinopla, hácia principios del siglo V de la era cristiana, en tiempo del emperador Arcadio. La Iglesia romana, que en Jesucristo abraza todos los siglos, en su Martirologio, ó catálogo de los santos, hace memoria del santo profeta en 20 de Agosto, como también de Josué y de Gedeon en 1.º de Setiembre, de Moisés el 4, de Aaron en 1.º de Julio, de Job en 10 de Mayo y de Abraham en 9 de Octubre (2). De la ciudad de Samuel, de Ramatha ó Arimatea, era aquel hombre justo que tuvo la gloria de sepultar el Salvador.

David se había retirado al desierto de Faran. Cerca de allí, en el desierto de Maon, había un hombre que tenía su hacienda en el Carmelo. Este hombre era muy rico; tenía tres mil ovejas y mil cabras; y sucedió que esquilaba su ganado en el Carmelo de la tribu de Judá. Se llamaba Nabal, y su mujer Abigail, y era muy prudente y hermosa; pero por lo que hace á su marido, era un hombre duro, brutal y muy malo; era de la raza de Caleb.

En tiempo en que se trasquilaban las ovejas, era costumbre entre los hebreos celebrar fiestas, á las cuales invitaban á todos sus amigos. David, que había hecho más de un servicio á Nabal, habiendo sabido que estaba trasquilando sus ganados, mandó diez de sus mozos para que fueran al Carmelo y estuvieran con Nabal, y saludándole en su nombre, le dijeron: «La paz sea contigo y en toda tu casa y en todo lo que posees: he sabido que tus pastores, que estaban con nosotros en el desierto, esquilaban tus ganados. Jamás les hemos proporcionado molestia alguna, y jamás les ha faltado nada del ganado en el tiempo que han estado con nosotros en el Carmelo; pregunta á tus criados, y ellos te informarán. Ahora pues,

(1) 1 Reg., 25-1.

(2) Martirologio Romano.



tus siervos desean hallar gracia en tus ojos, pues que hemos venido en buen día. Da, pues, yo te ruego, lo que hallare tu mano á tus siervos y á tu hijo David.» Pero Nabal les dijo por toda respuesta: «¿Quién es David y quién es el hijo de Isai? Hoy se han multiplicado en gran número los siervos que huyen de sus señores. Pues qué, ¿voy á tomar yo ahora mi pan y mi agua y la carne de mis ovejas que he matado para mis esquiladores, y se lo daré á unos hombres que vienen yo no sé de dónde?» Al saber David esta nueva, dijo á sus gentes: «Ceñíos cada uno vuestra espada.» Y se ceñieron todos su espada, y David también, y le siguieron como unos cuatrocientos hombres; doscientos se quedaron con el bagaje. Uno de los servidores de Nabal, dijo á Abigail, su mujer: «Mira que David ha enviado del desierto unos mensajeros para bendecir á nuestro amo; pero les rechazó con rudeza. Estos hombres han sido muy buenos para nosotros y no nos han molestado, ni jamás nos faltó nada durante el tiempo que estuvimos con ellos en el desierto. Eran para nosotros como una muralla noche y día en el tiempo que estuvimos apacentando nuestros rebaños con ellos. Por lo cual, debéis considerar bien lo que habeis de hacer, porque alguna grande desgracia está próxima á caer sobre vuestro marido y sobre vuestra casa, porque este hombre es hijo de Belial, y nadie puede hablarle.» Abigail se apresuró y tomó doscientos panes, y dos pellejos de vino, y cinco carneros cocidos, y cinco medidas de harina de cebada, y cien atados de uvas pasas y doscientas cestas de higos. Ella mandó colocar todo esto sobre sus asnos, y dijo á sus gentes: «Id delante de mí, que yo os seguiré;» y de ello nada dijo á su marido. Y habiendo ella subido sobre su asno y estando para bajar la montaña, David y los suyos salieron á su encuentro. Y David dijo: «En vano conservé yo todo lo que le pertenecía en el desierto, no habiendo perecido nada de cuanto tenía, y me ha vuelto mal por bien. Así obre Dios con los enemigos de David, y así añada si dejare nada con vida de aquí á mañana por la mañana de todo lo que pertenece á Nabal, hombre ó bestia.» Luego que Abigail vió á David, bajó de su as-

no, é inclinándose á su presencia, le adoró. Y se arrojó á sus piés, y dijo: «Sobre mí, señor mío, sobre mí, recaiga esta iniquidad. Permítmeme únicamente, yo os lo ruego, que vuestra sierva os hable y oid sus palabras. No haga aprecio, te ruego, el rey mi señor, de Nabal, ese hombre inciuo, porque conforme á su nombre es un necio, y la necedad está con él; mas yo, sierva tuya, no vi, señor mío, á tus criados que enviaste. Ahora pues, señor mío, vive el Señor y vive tu ánima, él te ha prohibido que vinieres á derramar sangre, á que te vengases por tu mano; sean, pues, ahora como Nabal tus enemigos, y los que procuran mal á mi señor. Por tanto, acepta esta bendición que tu sierva ha traído á tí, mi señor, y dála á las gentes que siguen á tí, mi señor. Dignaos perdonar la iniquidad de vuestra sierva, pues Jehová hará ciertamente á mi señor una casa estable, por cuanto habeis peleado en los combates del Señor, y no se ha hallado nunca culpa en vos. Cuando un hombre se levantara para perseguiros y buscar vuestra alma, el alma de mi señor será recogida como el hacecillo de los que viven cerca del Señor vuestro Dios; mas el alma de tus enemigos será rodada como con giro impetuoso de honda. Y cuando el Señor hubiere dado á tí, señor mío, todos los bienes que ha hablado acerca de tí, y te hubiere establecido caudillo sobre Israel, no te será esto en sollozo, ni en escrúpulo de corazón, mi señor, el haber derramado sangre inocente ó vengádote por tí mismo; y cuando el Señor hubiere hecho bien á mi señor, te acordarás de tu esclava.»

La Escritura nos ha dicho que Abigail era una mujer notable por su prudencia. Su conducta en un momento tan peligroso es una prueba. Es imposible obrar y hablar con más acierto, con más medida y con más sabiduría. Su discurso es una obra maestra en su género. No es solamente una elocuencia de palabras, sino de cosas las más delicadas y más elevadas.

Penetrado de este discurso, dijo David á Abigail: «Bendito sea Jehová, el Dios de Israel, que os ha enviado hoy á mi encuentro, y benditas sean tus palabras. Y bendita tú, que me has estorbado hoy el ir á derramar sangre, y



vengarme por mi mano. De otra manera, vive el Señor Dios de Israel, que me ha prohibido hacerte mal, que si no hubieras venido prontamente á encontrarme, no le hubiera quedado á Nabal de aquí á la luz de la mañana ni hombre ni bestia.» Recibió, pues, David de su mano todo lo que le había traído, y díjola: «Vuélvete en paz á tu casa, ve, que he oído tu voz y que he honrado tu presencia.» Y volvió Abigail á Nabal, y halló que tenía en su casa un banquete, como banquete de rey, y el corazón de Nabal estaba alegre, porque estaba muy embriagado; y no le habló palabra chica ni grande hasta la mañana. Mas al amanecer, cuando ya Nabal había digerido el vino, contóle su mujer lo que había pasado, y se le murió interiormente su corazón y se quedó como una piedra. Y al cabo de diez días hirió el Señor á Nabal, y se murió. Y David, cuando oyó que había muerto Nabal, dijo: «Bendito sea el Señor, que ha juzgado la causa de la afrenta que me hizo Nabal, y ha preservado de mal á su siervo, y hecho que la iniquidad de Nabal recayese sobre su cabeza.» Envió, pues, David, é hizo decir á Abigail que la tomaría por su mujer. Y los mensajeros de David llegaron á Abigail en el Carmelo, y la hablaron diciendo: «David nos ha enviado á tí para tomarte por mujer suya.» La que levantándose, se inclinó hasta la tierra, y dijo: «Hé aquí tu sierva, que será una esclava, para lavar los pies á los siervos de mi Señor.» Y levantóse con diligencia Abigail y subió sobre un asno, y fueron con ella cinco doncellas que la servían, y siguió á los mensajeros de David, y vino á ser mujer de él. Y David tomó también á Aquinoam de Jezrael, y fueron una y otra sus mujeres. Mas Saul había dado su hija Micol, mujer de David, á Falti, hijo de Lais, que era de Gallim (1).

David era hombre, y en tal concepto se deja llevar del primer movimiento de venganza, y hace el juramento temerario de no perdonar á nadie ni nada de lo que perteneciera á Nabal. Mas una palabra de amabilidad por parte de Abigail, un consejo prudente, le vuelven: bendice á Dios y bendice á Abigail, que le ha

(1) 1 Reg., 25, 2-44.

preservado de ejecutar la mala acción que iba á cometer. No sucede lo propio con Saul. No sólo se deja llevar del resentimiento más injusto, sino que en él persevera hasta el fin; se resuelve á dar muerte á un hombre de quien no había recibido más que beneficios; algunas veces reconocerá su cruel injusticia, llorará y hasta confesará públicamente que debe la vida á aquel que en vano desea arrebatarle la suya; y sin embargo, seguirá en sus planes homicidas.

David se había vuelto al desierto de Zif. Los habitantes le hicieron de nuevo traición. Saul fué á aquel lugar con tres mil hombres escogidos para prenderle, y acampó en el monte Aquilá. Habiéndosele dado aviso á David por sus emisarios, se llegó á este sitio secretamente. Estuvo observando el lugar donde estaba la tienda de Saul y la de Abner, general de su ejército. Saul dormía en su tienda, y todo su pueblo estaba en derredor suyo. Entonces David dijo á Aquimelec Heteo y á Abisai, hijo de Sarvia, hermano de Joab: «¿Quién descenderá conmigo al campamento de Saul?» Y dijo Abisai: «Yo descenderé contigo.» Fueron, pues, David y Abisai á aquella gente de noche, y hallaron á Saul echado y durmiendo en su tienda, y su lanza hincada en tierra á su cabecera, y á Abner y la otra gente que dormía al rededor de él. Y dijo Abisai á David: «Dios te entregue hoy en tus manos á tu enemigo; voy, pues, lanza en mano, á clavarle en la tierra de un golpe, pues no será menester un segundo.» Pero David respondió á Abisai: «No le mates; porque ¿quién extenderá su mano contra el ungido de Jehová, y será inocente? Vive Jehová, que á menos que Él no le mate, ó le haya llegado su hora de morir, ó que baje á la batalla y en ella perezca, no morirá. Dios me libre extender mi mano contra el ungido de Jehová: toma, pues, ahora la lanza que está á su cabecera y su copa, y marchemos.» Tomó, pues, David la lanza y la copa que estaban en la cabecera de Saul, y se marcharon; y nadie se apercibió, ni quien lo entendiese, ni despertase, porque el sueño del Eterno había caído sobre ellos. Y cuando David pasó del otro lado y se detuvo á lo lejos en lo alto de la montaña, y estuvo á buena distancia entre ellos, llamó á la



gente y á Abner, hijo de Nen, diciendo: «¿No me responderás tú, Abner?» Y Abner, respondiendo, dijo: «¿Quién eres tú que gritas é inquietas al rey?» Y David dijo á Abner: «¿Por ventura, no eres tú un hombre de valor, y qué otro tal como tú hay en Israel? ¿Pues por qué no has guardado al rey tu señor, puesto que ha entrado uno del pueblo para matar al rey tu señor? No está bien esto que has hecho, ¡vive el Señor! que sois hijos de muerte vosotros, que no habeis guardado á vuestro señor, el ungido de Jehová.»

Ahora bien: mira dónde está la lanza del rey y dónde está el vaso del agua que estaba á su cabecera.»

Saul reconoció entonces la voz de David, y dijo: «¿No es esta voz que yo oigo la tuya, hijo mio David?» «Mi voz es, señor mio y rey,» contestó David. ¿Por qué, señor mio, persigues á tu siervo? ¿Qué es lo que yo he hecho, ó qué mal se halla en mis manos? Oye, pues, ahora, te ruego, mi rey y señor, las palabras de tu siervo: Si el Señor te incita contra mí, reciba el olor de este sacrificio; mas si son los hijos de los hombres, malditos son delante del Señor los que me han arrojado hoy para que no habite en la heredad del Señor, diciendo: Anda, sirve á dioses ajenos. Ahora pues, no sea derramada mi sangre en tierra delante del Señor, por cuanto ha salido el rey de Israel en busca de una pulga, así como suele ir tras de una perdiz en los montes.» Y dijo Saul: «He pecado; vuélvete, hijo mio, David, que en lo sucesivo no te causaré mal ninguno, porque mi alma ha sido hoy preciosa delante de tus ojos. Verdad es que he obrado néciamente y que he ignorado muchas cosas.» David repuso: «Ahí tenéis la lanza del rey, que venga uno de los criados y la lleve. Por lo demás, el Señor dará á cada uno segun merezca su justicia y su fe. Porque el Señor os ha entregado hoy en mi mano, y yo no he querido extender mi mano contra el ungido de Jehová. Y así como tu alma ha sido preciosa hoy á mis ojos, sea mi alma también preciosa delante del Eterno y me libre de toda angustia (1).»

(1) 1 Reg., 26, 1-25.

Y David, vuelto á los suyos, se decía en su corazón: «Al fin algun día vendré á caer en manos de Saul. ¿No vale más que yo huya y que me refugie en tierra de filisteos, para que Saul no pueda abrigar esperanza y cese al fin de buscarme por los territorios de Israel? Huiré, pues, de sus manos.» Y David se levantó y marchó con seiscientos hombres adonde estaba Aquis, hijo de Moab, rey de Geth, y allí habitó él y sus gentes cada uno con su familia. Habiendo sabido Saul que David se había refugiado en Geth, no quiso ya más buscarle. Mas David dijo á Aquis: «Si he hallado gracia en tus ojos, dame lugar en una de las ciudades de esta tierra para morar allí, pues ¿á qué fin ha de estar tu siervo contigo en la ciudad real?» Aquis le dió aquel día á Siceleg, de los reyes de Judá hasta el día de hoy.

Esta ciudad había desde luego cabido en suerte á la tribu de Judá, había sido cedida á la de Simeon, pero había quedado aparentemente hasta entonces bajo el poder de los filisteos. David permaneció entre estos últimos por espacio de cuatro meses, ó bien un año y cuatro meses, segun el sentido que puede tener el hebreo (1).

En este tiempo le llegó un refuerzo de veinte valientes que manejaban el arco y que se servían de ambas manos para arrojar piedras con la honda y disparar flechas. Eran de la tribu de Benjamín y parientes de Saul. Fueron estos seguidos de otros ocho, que eran jefes de mil hombres en la tribu de Manassés (2).

Y subió David y su gente á hacer correrías sobre Gessuri y Gerzi, y sobre los amalecitas, porque estas aldeas estaban ya pobladas de tiempo antiguo en aquella tierra, desde el camino del Sur hasta la tierra de Egipto. Y hería David toda la tierra, sin dejar hombre ni mujer con vida, y llevándose consigo ovejas, y bueyes, y asnos, y camellos, y ropas, se volvía y se presentaba á Aquis, y Aquis le decía: «¿Hacia qué lado te has dejado caer hoy?» Respondía David: «Al Mediodía de Judá y al Mediodía de Jerameel, y por el Mediodía de los cineos.»

(1) 1 Reg., 27, 1-7.

(2) 1 Paralipomenos, cap. XII, vs. 1-7 y 20.



Hombre ni mujer no dejaba David con vida, ni los traía á Geth, diciendo: «No sea que hablen contra nosotros.» Esto hizo David y esta fué su costumbre todo el tiempo que moró en el país de los filisteos. Y Aquis se fiaba de David, diciendo: «Muchos males ha hecho contra su pueblo de Israel; pero estará siempre á mi servicio (1).»

En esta conducta de David quizás se halla algo de reprehensible. Sin embargo, no lo es tanto como á primera vista parece. Cuando dijo al rey de Geth que habia recorrido el Mediodía de la Judea y por el Mediodía de Ceni, tenia razon, pues de aquel lado era donde estaban los amalecitas, los gercitas y los gesurios, sobre cuyos pueblos él hacia sus correrías. Estos pue-

(1) 1 Reg., 27, 8-12.

blos no eran filisteos, sino de aquellas razas sobre quienes recayó el anatema (1).

Ellos tambien hacian incursiones, bien sobre las tierras de los filisteos, ó bien sobre las de los hebreos. Exterminándoles, hacia David un gran servicio á Saul, que le habia obligado á expatriarse, y tambien á Aquis, que le daba un asilo. Su única falta seria, pues, el haber dejado á este último hacer correrías por el territorio de Israel. Pero si se piensa bien en la posicion difícil en que él se encontraba, refugiado como estaba con el enemigo natural de su patria, no queriendo hacer traicion ni á la hospitalidad de aquel, ni faltar tampoco, en su amor por esta, un ligero disimulo, por servir á uno y á otra, parece que debiera ser perdonado.

(1) Josué, 12, 5.



CAPÍTULO XVII

**Irrupcion de los filisteos.—Saul consulta á una pythonisa y recibe su sentencia de muerte.—La inmortalidad del alma entre los judios.—Los filisteos vuelven á enviar á David, que castiga á los amalecitas destructores de su ciudad.—Su dulzura.—Continúa recibiendo nuevos refuerzos.—Derrota de los israelitas.—Muerte de Saul y de sus hijos.—Los habitantes de Jabes Gallaad recobran de los filisteos el cuerpo de Saul.—David llora la muerte de Saul; castiga al amalecita que se alaba de haber matado á Saul, y se dirige á Hebron.**

Acacé en aquellos tiempos que los filisteos reunieron sus escuadrones para ponerse á punto de guerra contra Israel. Y dijo Aquis á David: «Sabé por cosa cierta que has de venir conmigo al campamento, tú y tu gente.» Y respondió David á Aquis: «Ahora sabrás lo que hará tu siervo.» Y Aquis dijo á David: «Yo tambien te confiaré la guarda de mi persona todos los dias.»

Y Reunidos los filisteos, vinieron á acampar á Sunam, en la tribu de Isacar. Saul juntó sus tropas y vino á Gelboe, monte situado al Mediodía de Sunam; pero cuando vió en él al ejército de los filisteos, tuvo miedo y su corazon se turbó en extremo. Y consultó al Eterno; pero el Eterno no le respondió, ni por sueños, ni por los sacerdotes, ni por los profetas. Samuel no vivia ya, para poder acudir como intermediario: todo Israel le lloró.

Por último, y probablemente, segun el consejo del hombre de Dios, Saul habia exterminado á los magos y adivinos de su reino. En este extremo, este desgraciado príncipe, entrando en una especie de desesperacion, dijo á sus oficiales: «Buscadme una mujer que tenga el espíritu de Python, y yo iré á ella y la preguntaré.» Contestáronle sus siervos: «Hay en Endor una mujer que tiene el espíritu de Python.» Disfrazóse, pues, Saul, y cubriéndose con otros vestidos, se marchó con dos hombres que iban acompañándole, y llegaron de noche á la casa de aquella mujer. Y él la dijo: «Adiviname por

el Python, y hazme aparecer á quien yo te dijere.» Y la mujer le dijo: «Sabes bien todo lo que ha hecho Saul, y cómo ha desarraigado de la tierra los magos y adivinos; ¿por qué, pues, armas lazos á mi alma, para que me quiten la vida?» Y juróla Saul por el Señor, diciendo: «Vive el Señor, que no te vendrá por esto ningun mal.» Y dijole la mujer: «¿Quién debo hacer que te se aparezca?» El cual respondió: «Haz que se me aparezca Samuel.» Y luego que la mujer vió á Samuel, dió un gran grito, y dijo á Saul: «¿Por qué me has engañado? Pues tú eres Saul.» Y el rey la dijo: «No temas, ¿qué has visto?» Y dijo la mujer á Saul: «He visto dioses que suben de la tierra.» Y dijola: «¿Cuál es su figura?» Ella respondió: «Ha subido un hombre viejo, y está cubierto con un manto.» Y entendió Saul que era Samuel, y se inclinó con su rostro hasta la tierra, y le hizo una profunda reverencia.

Mas Samuel dijo á Saul: «¿Por qué me has inquietado haciéndome aparecer?» Y respondió Saul: «Me veo muy apurado, porque los filisteos pelean contra mí, y Dios se ha retirado de mí y no me ha querido oír, ni por mano de profetas, ni por sueños; por esto te he llamado, para que me declares lo que he de hacer.» Y dijo Samuel: «¿Para qué me preguntas, habiéndote retirado de tí el Señor, y pasádo-se á tu rival? Porque el Señor te tratará como te habló por mi boca, y cortará tu reino de tu mano y le dará á tu prójimo David, por cuan-